

pueblo de Israel, los héroes ilustres en santidad aparecidos en la luz de nuevos días, los Angeles, los Arcángeles, los Tronos, las Virtudes, las Potestades, las Dominaciones, los Principados, los Querubines y los Serafines. Ella está sentada en el trono de Dios, al lado de Dios, coronada Emperatriz de todo el Paraíso, y Dios la quiere inmensamente glorificada. No le basta hacerla aclamar soberana de los Angeles y de los Santos; quiere, además, ofrecerle el cetro con las propias manos; no se contenta con someter la naturaleza á sus indicaciones, quiere, igualmente, que se la someta la gracia; no se satisface en constituir la dispensadora de sus beneficios, quiere, por decirlo así, despojarse de su poder y derramar todas sus misericordias por manos de María. Así el Señor la hizo grande, así la rodeó de inmensa gloria, y ciñóle la frente con una tercera corona: *Posuit diadema in capite ejus.*

De ahora en adelante todo cuanto pida María, le será concedido. Solo Dios es superior á Ella; y á excepcion de Dios, todo está bajo sus piés. Subida al Reino, es su Reina, y Reina de tal imperio, que el Señor nada nos concede ni derrama sobre nosotros sus gracias sinó por medio de María. Reina de tanto poder, que, cuando Ella desea abiertas las fuentes de los divinos beneficios, no se presenta delante del Altísimo como mera suplicante, sinó con la seguridad de la respuesta.

Y nosotros, hermanos míos, ¿dónde podremos hallar una Reina más augusta y más amable, más grande y más piadosa, más poderosa y más pronta en socorrernos, asistirnos y ayudarnos? ¡Ah! dirijamos á Ella, llenos de confianza y de amor, nuestras miradas y nuestros corazones. Ella será el apoyo de los justos, el refugio de los pecadores, el aliento de los penitentes, y el consuelo de los atribulados; y nosotros veremos que su Reino es dulce, que su imperio es suave, y que, aún elevada á la mayor de las glorias, es siempre Madre. Vé ¡oh María! siéntate en el trono que te está preparado; vé, y elévate sobre todos los órdenes celestiales; vé á recibir los homenajes de los Angeles y de los Santos. Mas, elevada á tal altura, no te olvides de nosotros que gemimos en ese valle de lágrimas; llegada á lugar de seguridad y de reposo, piensa en nosotros, que vivimos en medio de los peligros. Vuelve tus ojos sobre los hijos que suspiran en este desierto, no ceses de defender nuestra causa, para que alcanzando del Señor el perdón de nuestras culpas, seamos un día llamados á gozarle en aquella Jerusalén donde fuiste coronada Reina en el día de tu gloriosa Asuncion.

ASUNCION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Quae est ista, quae progreditur, quasi aurora consurgens; pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?

¿Quién es esta que sube como una aurora naciente; que se levanta hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército bien ordenado?

(CANT. VI, 9.)

Así exclama el Sábio, haciendo hablar á los espíritus celestiales en el profético transporte de su admiracion: ¿Quién es esta, se preguntan atónitos al ver la gloria que rodea á María en el brillante y pomposo triunfo de su Asuncion; quién es esta, que deja la morada de los mortales ántes de la destruccion universal, y sube hasta el trono de Dios, adornada con tanta magnificencia? En efecto; ¡qué espectáculo tan asombroso! ¡qué transformacion tan admirable!

Hasta aquí, católicos, la Reina de las vírgenes, abismada en el centro de la oscuridad más profunda, ha ocultado á los hombres las estupendas maravillas que se han obrado en su persona; pero ha llegado el dichoso día en que las sombras que la rodean, han de ser enteramente disipadas: por fin, sale de en medio de las tinieblas, marcha con pompa y magnificencia, y el mundo va á ser testigo de su gloria. ¡Qué majestad! ¡qué grandeza! ¡qué rayos de luz vienen á coronarla! Sobre su frente se despliegan todas las gracias de una aurora naciente, presagio de las miradas de favor que va á derramar sobre toda la naturaleza. Su rostro centellea con un resplandor parecido al de los astros más brillantes, expresion natural de los grandes é ilustres ejemplos que ha dado; ejemplos que han sido, á un mismo

tiempo, el asombro y la edificación del universo. Ella es formidable como un ejército ordenado en batalla, imagen de terribles combates, de los rícos golpes que ha descargado sobre sus enemigos, y de las prodigiosas victorias que ha alcanzado.

Penetrémonos de los sentimientos que una festividad tan solemne nos inspira; tomemos parte en el grandioso espectáculo que se ofrece á nuestros ojos; unamos nuestras voces con el concierto armonioso de los ángeles, que resuena en las bóvedas inmortales de la celestial Jerusalén. La pompa de un triunfo tan brillante á todos debe interesarnos. ¿Qué cosa más grata para unos hijos, que ver á la Madre que los ama con ternura, tomar posesion de un trono el más elevado y grandioso?

Pero qué, ¿me ceñiré precisamente á excitar en vosotros una vana alegría, una admiración estéril? No, católicos; para sacar algun fruto de este misterio os haré ver, que si María entra hoy en el goce de todos los bienes, es porque ha trabajado incesantemente toda su vida en acumular un tesoro copioso de virtudes y de méritos. Con este designio, pues, os demostraré: primero, que ninguna criatura ha merecido una recompensa tan magnífica como María á la hora de la muerte; y en segundo lugar, que ninguna criatura ha recibido en el momento de la muerte una recompensa tan magnífica como María.

¡Virgen augusta, Reina triunfante! dignaos interponer con el Señor vuestra intercesion eficacísima para que derrame sobre mí los auxilios de la gracia que necesito para celebrar dignamente vuestras alabanzas. A. M.

Si Dios ha prometido dispensar sus mercedes á sus escogidos cuando dejan esta vida mortal, en razon de la fidelidad con que le han servido; ¿qué criatura podrá aspirar en este momento á recibir de su mano liberal muestras de ternura tan extraordinarias como María? Su fidelidad, admirable en todos sentidos, ha sido perfecta en su principio y en su extension: en su principio, por los sublimes pensamientos que la dirigieron en todas sus acciones: en su extension, por la exactitud con que ha desempeñado la totalidad de sus deberes. Desenvolvamos estas ideas.

Vosotros sabeis, católicos, que la Madre de Dios, en virtud del privilegio singular de su Concepcion Inmaculada, entró en posesion de todos los derechos que había adquirido á los hombres la justicia original; que su entendimiento no fué envuelto en las tinieblas de la infancia; que su corazon no sentía en sí más que pasiones dóciles,

cuyos transportes, concertados con la virtud, esperaban para manifestarse las órdenes de la razon, que consultaban como su oráculo; pero ¡cuán admirablemente supo aprovecharse de estas felices disposiciones! Desde sus más tiernos años, María miró á Dios como el único fin de todas sus acciones; agradar á un Dios soberanamente amable, buscar en todas las cosas su gloria, no vivir, no respirar sinó para El; tales son las reglas de toda su conducta y el resorte de todos sus movimientos. Que las hijas de Sion aspiren á porfia al glorioso privilegio de dar al mundo un Salvador; no solamente Ella se juzga indigna de tanto honor á la vista de su bajeza, sinó que nada hay que la lisonjee en este titulo augusto, si debe costarle la menor division entre Dios y la criatura. Que un arcángel descienda del Cielo para revelarla la eminente dignidad á que Dios la destina, y para anunciarla el misterio de su divina maternidad; no puede consentir en su elevacion sinó despues de haberse asegurado de que no tendrá otro esposo que el Espíritu Santo. ¿Hubo jamás desinterés más noble, intencion más heróica? ¿No es esto hacer sentir por un testimonio decisivo, que en el bien que practica, renuncia cumplidamente al amor de sí misma, á toda mira de interés personal, para adherirse pura y únicamente al Criador, á quien solo desea agradar?

Pero la fidelidad de María no solo fué la más pura, sinó tambien la más universal, la más completa en la observancia de la ley. Toda la ley estaba grabada en su alma; ninguna explicacion para suavizarla, ningun pretexto para eludirla; cada punto es interpretado á la letra y observado con todo rigor. Considerémosla con relacion á Dios. Si es preciso en las solemnidades de la Pascua, en los días célebres, concurrir á Jerusalén, Ella será la primera en ofrecer su incienso y sus votos. Si es preciso, despues de su parto virginal, sujetarse á una ceremonia humillante, veo á una Virgen más casta que los ángeles, derogar sus prerogativas para colocarse en la posicion de las mujeres comunes. Si es preciso, en diferentes ocasiones, dar testimonio de su fé, de su obediencia, de su humildad, su fé se manifiesta en la creencia de un misterio impenetrable, cuya sublimidad confunde y turba al entendimiento humano; su obediencia, en la aceptacion que hace de la maternidad divina, aunque una prerogativa tan preciosa haya de exponerla á sospechas las más crueles; su humildad, en la menguada opinion que tiene de sí misma, tomando el titulo de esclava del Señor con preferencia al que en sí lleva la dignidad augusta de Madre.

Considerémosla con relacion al prójimo. Repasad toda la historia

del Evangelio; no hallareis en todas sus acciones un solo rasgo de dureza. Nó: jamás se ha visto á María despreciar al humilde, valerse de su superioridad para abatir al débil, insultar al indigente; jamás se la ha visto mirar á los demás con ojos soberbios, usar de modales altaneros, afectar un aire dominante: atenta á no ofender á nadie, dispuesta á servir á todos, respetuosa para con los ancianos, modesta para con sus iguales, distante de toda bajeza, de toda adulacion, de toda envidia; observa hácia cuantas personas se le acercan, los miramientos y las atenciones que respectivamente se les deben, olvidando tan solo los que le deben los demás. Por fin, María no se deja ver en público sinó para consolar, socorrer é instruir á los primeros fieles, y para conducirlos con sus ejemplos á la santidad más perfecta: la caridad dirige todos sus pasos.

Considerémosla, por último, con referencia á sí misma. Pero, ¿cómo podrá pintar su desprecio de las vanidades, su aplicacion continua al trabajo, su tranquilidad en medio de la indigencia, su constancia invencible en las más rudas y dolorosas pruebas que despedazan su corazón; su vida, en todo tiempo penitente y austera? Recorred todas las virtudes: las posee todas en grado eminente; una humildad sin ejemplo, una pureza sin mancha, una caridad sin límites, presentan en su persona el retrato de la perfeccion más sublime y consumada. Recorred todos los estados, no hay uno del cual no sea un modelo el más perfecto: modelo de las vírgenes, en su atencion continua á huir de todo lo que es capaz de comprometer la delicadeza del pudor: modelo de las casadas en el tributo de sus tiernas aficiones al esposo que el Cielo unió á su destino con lazos irrevocables; modelo de las viudas en su amor al retiro y al silencio: en cualquier lugar, en cualquiera edad, en cualquiera situacion que la miremos, nada se desmiente, todo marcha con paso igual. Es dócil á todas las inspiraciones, muéstrase sumisa á todas las leyes y fiel á todos los deberes; Ella es, al fin, el más perfecto y admirable dechado de virtud que el mundo ha visto hasta ahora: dechado que no espera éste ver repetido jamás.

¡Plegue á Dios, católicos, que estudiemos este ejemplo, y nos sirva de estímulo para trabajar incesantemente en nuestra propia santificacion, para el logro de la inmortal corona prometida á nuestra fidelidad! Al ofrecer el Apóstol á los fieles el cuadro de la vida cristiana, la representa como una peregrinacion penosa, seguida y animada continuamente por el atractivo de las recompensas eternas. Mirad, dice, á los atletas en la carrera: ¿cuántos trabajos, cuántos comba-

tes, cuántas fatigas! Y sin embargo, la esperanza de una gloria momentánea les inspira aquel valor, aquel entusiasmo que nunca desfallece. Del mismo modo, alentado el justo por una gloria incorruptible, se encamina siempre con denuedo hácia este fin: todo lo sufre por alcanzarle, para cumplir de lleno con las obligaciones que nos impone la religion. Pero ¿en dónde hallaremos esta alma, que abraza todos los deberes, y que supere todos los obstáculos que se hallan sembrados en el camino de la virtud? ¿Cuál es el justo que, constante siempre en la observancia de la ley, jamás transige con sus disgustos y sus repugnancias? Prosigamos, empero, el elogio de la Santísima Virgen. Queda observado que María reunió, durante el curso de su vida, un caudal de virtudes y de méritos tan copioso, que ninguna otra criatura ha tenido igual derecho para esperar del Señor una recompensa tan abundante de gracias y bendiciones á la hora de la muerte. Resta ahora haceros ver, que ninguna criatura ha recibido, con efecto, en el momento de la muerte una recompensa tan magnífica como María.

Para juzgar de la magnificencia con que Dios recompensó á María en el momento de la muerte, observemos tres excelentes prerogativas que la distinguen en este trance: la más preciosa muerte, la resurreccion más gloriosa, el triunfo más brillante. Primera prerogativa: la muerte más preciosa. María se ha sostenido con heroica constancia en la práctica de los preceptos y consejos. Ha pasado la infancia, la juventud, la edad madura, la vejez, sin haber dejado ver en sí ni aún la sombra de la más leve imperfeccion. Toca al término de una vida tan preciosa; pero ¿cómo y por qué principio llegaría á él? La muerte de la Santísima Virgen ofrecerá un espectáculo del cual en vano se buscarán ejemplos. La muerte de María, exenta de turbacion, de inquietud, de tristeza y de temor, no presentará sinó la imágen de un apacible y dulce sueño; diré mejor, de un verdadero triunfo. Ella sufrirá la ley de la muerte; pero morirá de una manera y por un motivo tal, que nada la dejarán de comun con los hijos de los hombres. Todos son arrastrados al sepulcro por la violencia de la enfermedad, por debilidad de la naturaleza, ó por otro accidente funesto. Pero no sucede así á la Santísima Virgen: no ha gemido ni por un instante bajo el yugo del pecado; y por consiguiente, no debe ser envuelta en la humillacion que es su fatal efecto. Morirá; pero no verá en la muerte sinó el término de sus más ardientes votos: morirá, no como una víctima herida y abatida por una mano extraña, sinó como una víctima inmolada y consumida por el

amor divino. ¡Quién podría ver, sin una dulce y tierna emoción, á la Madre de Dios en presencia de los apóstoles y de un gran número de fieles reunidos para asistir á su triunfo; anunciar por los santos trasportes que llevaban á su alma con rápido movimiento hácia su Señor, la sublime alegría, la deliciosa paz que reina en su corazón! ¡Qué espectáculo tan interesante y delicioso presenta María á los ojos atónitos de los que la rodean, consagrando sus últimos instantes por deseos aún más ardientes, por suspiros más inflamados, por un aumento de amor, cuya fuerza desprende su alma de los lazos del cuerpo para reunirla á su Dios en la morada de la inmortalidad! ¡Qué muerte! ¡qué preciosa es en sí misma! ¡qué gloriosa, qué admirable en su principio! Semejante muerte es á un mismo tiempo la prueba y la recompensa de la santidad de María.

Continuemos. Segunda prerogativa de la Santísima Virgen, resurrección la más gloriosa, resurrección pronta y anticipada. Dios, que se complace en emplear toda su magnificencia con los escogidos, no tarda en coronar sus méritos. Al instante que se rompen los vínculos de su mortalidad, su alma, formada á imágen del Altísimo, vuelve al que es su origen; pero su cuerpo, formado del polvo, se convierte en polvo otra vez; y es pábulo del sepulcro, hasta tanto que el Creador, que sigue á sus escogidos en todas las revoluciones y los distingue en el caos de la ruina universal, los restituya á su estado perfecto, animando de nuevo los áridos huesos con un aliento de vida inmortal. Una ley que reducía á un montón de cenizas á todos los culpables, no debía comprender al inocente. María, criada en la justicia, llevó en sus castas entrañas al que es principio de la resurrección y de la vida; aquel cuerpo en el cual se embotaron todas las saetas de la muerte, era parte de su sustancia; el hombre Dios, que salió triunfante del sepulcro, fué formado de su carne y de su sangre; y no era justo que un vaso de gloria, que había contenido todos los principios de la inmortalidad, fuese quebrado como los vasos de ignominia, hasta quedar reducido á polvo.

En efecto, María acababa de cerrar los ojos á la luz del día; el amor, al fin, había consumido los restos de su mortalidad; un melancólico silencio reinaba en el desierto, que se cubriera con las sombras de la muerte. Pero en breve el júbilo sucedió á la tristeza, y los cánticos de alegría impusieron silencio á los lúgubres lamentos; el amor, que había acelerado la destrucción de María, triunfó de la muerte en el horror del sepulcro; la ternura de su Hijo, unida con su virtud omnipotente, volvió á animar su cuerpo con un soplo de

inmortalidad; y su voz poderosa, que salva ese espacio que hay del ser á la nada, hizo oír en la morada de la corrupción estas palabras de vida: «Levántate, sal con presteza del desierto, por el cual tanto tiempo andas buscando á tu muy amado; vén á gozar de su gloria y á ser el adorno de su triunfo; no te detengas; ya es tiempo de que entres en el jardín celestial; ya pasaron los días del invierno; una primavera inalterable reina en este sitio ameno y deleitoso; millares de tiernas flores cubren esta venturosa tierra; la vid exhala los más gratos olores, y la higuera está cargada de fruto.» Al oír esta voz María, sepultada en la noche del sepulcro, abre los ojos á la luz con la misma facilidad que si despertase de un dulce sueño; siente difundirse por su corazón un fuego vivificante, que pone en movimiento todas sus fibras, y presta á sus órganos una actividad interminable. Bórranse todas las señales de su mortalidad; sus ojos despiden rayos de apacible luz; una eterna juventud resplandece en su rostro; su cuerpo se desenlaza de los vínculos frágiles; deja el peso que le tenía sujeto á la tierra; y con rápido vuelo se dirige hácia la patria celestial.

Tercera prerogativa de la Madre de Dios: triunfo el más brillante. Habiendo llegado al término de su destierro, vá á dejar esta triste y odiosa morada. Arrebatada en un carro de luz, se eleva más alto que las nubes, camina al trono del Eterno con semblante benigno y majestuoso, y se muestra en medio de los espíritus celestiales más brillante que la aurora, más hermosa que la luna, más pura que los rayos del sol. Los ángeles quedan deslumbrados al ver la gloria que la rodea, se miran atónitos, y vuelven continuamente sus ojos hácia Ella; su adorable Hijo la mira con complacencia, la colma de gracias, ciñe sus sienes con una resplandeciente diadema, pone en sus manos un cetro inmortal, coloca su trono al lado del mismo Dios, y todo el resplandor de los rayos de la suprema Majestad se derrama sobre ella. Los moradores de la celestial Jerusalén, á vista de un espectáculo tan magnífico, celebran á porfía el triunfo de María; mezclan sus alabanzas con las del Vencedor de la muerte; y las suntuosas bóvedas de la morada de los santos resuenan con este cántico eterno: «Triunfo, victoria y honor al Todopoderoso y á la excelsa Señora que ha colocado en el trono; la muerte ha quedado humillada, el sepulcro no encierra ya su víctima, y la Esposa sube al Cielo reclinada sobre su amado Hijo.»

De esta suerte fué elevada María al Cielo en medio de los aplausos de todos los justos. La tierra misma sintió un júbilo extraordinario

en su Asuncion; la Iglesia, á la sazón en su cuna, prorumpió en acentos de alegría; los primeros fieles manifestaron el alborozo en que rebosaba su corazón con festivas y pomposas aclamaciones; y esta augusta festividad se eternizará de siglo en siglo: léjos de perder de su religiosa importancia, pasando á través de las edades, despues de haber llegado hasta nosotros sin interrupcion, será transmitida del mismo modo hasta la más remota posteridad. ¿Y qué mucho que todas las naciones, todos los reinos y todas las ciudades del órbe cristiano concurren á porfia á honrar la memoria de este día solemnisimo? ¿Qué pueblo no ha experimentado los efectos del poder de María, y puede sin ingratitud dejar de interesarse en la inmensa y sublime gloria á que hoy es elevada? ¿Qué movimientos de pura y deliciosa alegría no debe excitar en nuestro corazón el magnífico y triunfal espectáculo de su exaltacion, para satisfacer el justo sentimiento de una viva gratitud? ¿No se ha declarado María en mil maneras nuestra protectora? Me parece que veo á los Cielos abrirse para derramar aquí sobre nosotros á torrentes sus misericordias. Si la enormidad de nuestros pecados sube hasta el trono del Dios de las venganzas, obligando á su justicia á que derrame sobre ellos el vaso de su indignacion; cualquiera que sea el azote con que nos hiera, ora nos rehuse un benéfico rocío que fertilice los campos, ora las cataratas del firmamento amenazen anegar las cosechas, ora se corrompan los aires para llevar la muerte hasta nuestro seno culpable; cuando penetrados de un espíritu de piedad venimos á invocar á nuestra ilustre protectora, jamás nuestros votos son estériles é infructuosos.

¡Virgen santísima! Desde lo alto del brillante trono en que hoy habeis sido colocada por mano de vuestro Hijo, como Emperatriz de la gloria, fijad vuestras miradas sobre este santo templo. Dignaos aceptar nuestros homenajes, en particular los que nos inspira el reconocimiento por tantos favores de que somos deudores á vuestra intercesion. ¡Virgen inmaculada! somos vuestros clientes; testigos sois de los escollos que nos rodean y de nuestra debilidad; defendednos en todo tiempo de cualesquiera peligros, de todos los enemigos de nuestra salvacion; pero, especialmente, en el último momento de la vida; á fin de que, bajo las alas de vuestra proteccion, y formados en la santidad por el modelo de vuestras eminentes virtudes, tengamos parte en la inestimable dicha de vuestra santa muerte, y celebremos vuestro triunfo con los bienaventurados en la morada eterna de la gloria. *Amen.*

CORAZON DE MARÍA.

DISCURSO I.

Concaluit cor... et in meditatione exarscet ignis.

Senti que se inflamaba mi corazón: y en mi meditacion se encendian llamas de fuego.
(PSALM. XXXVIII, 4.)

Esta suntuosa solemnidad con que tributamos al Corazon sacratísimo de María el culto de nuestra veneracion y el homenaje de nuestros afectos, yo no sé si se le debe llamar más propia del Cielo ó de la tierra. A la verdad, elevados son los motivos que tiene de regocijo la Iglesia triunfante, porque conoce todas las admirables virtudes de este Corazon; pero, no son ménos fundados los de la Iglesia militante, porque experimenta continuamente todos los benéficos efectos de este Corazon. Por consiguiente, si con justo motivo hace fiesta en tal ocasion la Iglesia triunfante celebrando sus gracias, la militante hace otro tanto con la celebracion de las ternuras del Corazon de María.

En una emulacion de regocijo tan vasto y verdadero, ¿qué palabras emplearé para que conviertan nuestros corazones en áscuas de amor, ahora que me toca tratar del Corazon de María? ¿Diré que cantan sus glorias en el Cielo los espíritus angélicos unidos en festivas multitudes, ó que cantan su bondad acá en el destierro los hijos de los hombres? ¿Narraré de las inteligencias beatas, que estremecidas de gozo le consagran himnos de fiesta, ó de los peregrinos mortales, que, ardientes de confianza filial, le dirigen fervorosas súplicas? ¿Hablaré del tesoro riquísimo y precioso que posee la celestial Jerusalén, ó del consuelo suavísimo é inefable que, venerándole, tiene la Jerusalén terrena? No, hermanos míos, al subir á este púlpito, no me guía otro propósito que vuestra salvacion; y creo que al hacer el